

## DAVID

### UN JOVEN PASTOR PELIRROJO

Aquel a quien Yahvé había elegido para suceder a Saúl era un adolescente de piel blanca y cabellos rojos. La escultura de Verrocchio nos da una imagen exacta de él: joven, espigado, con un rostro en el que se leen la inteligencia, la audacia y la franqueza.

Por vez primera en la historia de Israel, un hijo de Judá iba a regir los destinos de este pueblo. Justamente a este propósito Jacob en su lecho de muerte, al bendecir a sus hijos, había dicho: “A ti, Judá, te alabarán tus hermanos; tu mano estará en la cerviz de tus enemigos... No se irá de Judea el báculo, el bastón de mando entre tus piernas...” (*Gen.*, XLIX 8-12).

Mientras cuidaba el rebaño de su padre, David, acompañándose de la cítara, componía poemas. Pero, otro destino le estaba prometido. ¿No significaba su nombre “el bienamado de Yahvé”? Samuel que, retirado en su ciudad, gemía por las infidelidades de Saúl, fue advertido por Dios de que el nuevo representante de su voluntad habitaba en Belén y que debía ir allá y consagrarlo. En la casa de Jesé, los siete hermanos mayores fueron presentados uno a uno, pero la voz de Dios no habló a favor de ninguno de ellos. “¿No quedan ya más muchachos?”, preguntó Samuel, y Jesé respondió: “Falta aún el más pequeño, que está guardando el rebaño”. Se mandó traer a David. “Era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia. “Levántate y úngelo, porque éste es”, dijo Yahvé. En adelante, el pastor adolescente es el verdadero jefe de Israel, aunque ello no sea revelado por entonces.

Dos tradiciones, seguramente de fuentes diferentes, nos cuentan como Saúl llevó a su lado a David. Una dice que el rey, cuya angustia sólo hallaba alivio al son de las arpas, mandó llamar al pastorcito músico. La otra, que habiendo alcanzado David una sensacional victoria, el soberano le cobró afecto. Esta victoria es el famoso episodio que inmortalizó Miguel Ángel en el plafón de la Capilla Sixtina: un pequeño David a caballo sobre el cuerpo monstruoso de un adversario abatido, levanta el sable para cortarle la cabeza. La historia puede reducirse a lo siguiente: los filisteos como en el tiempo de Sansón, multiplicaban sus incursiones en las tierras de Judá. Subiendo de la planicie en donde acampaban, reducían más y más a los hebreos a las alturas. Uno de sus jefes, llamado Goliat, verdadero gigante con coraza de hierro, salía cada mañana para amenazar y retar a los hombres de Israel. David pidió permiso a Saúl para aceptar el desafío. No tomó lanza ni

armadura, sino que fue a Goliat con el arma familiar del pastor, la honda. Con ella clavó una piedra en la frente del gigante. Éste cayó de bruces en la tierra. Tomando la espada del filisteo, David le cortó la cabeza. Con ella en la mano, regresó victorioso al lado de su rey. Su gloria fue resonante. Cuando regresaba a Gabaa, las mujeres salían a su encuentro danzando y cantando este estribillo que debió sin duda molestar a Saúl: “¡Saúl mató sus millares y David sus miríadas!”.

Así, comienzan entre el rey y su joven oficial episodios extraños. ¿Se trata solamente de celos? En un alma tan oscura como la de Saúl, tales sentimientos pronto causan estragos. Un día en que David tocaba ante él el arpa o la cítara, Saúl tomó su lanza y la arrojó contra el joven héroe con intención de clavarlo en el muro. Felizmente, David la esquivó dos veces.

Si Saúl promovía a David dentro de la jerarquía militar, le encargaba también misiones tan peligrosas que todas las oportunidades estaban en su contra. Pero, con Yahvé, David salvó todos los obstáculos. Saúl quiso humillarlo, prometiéndole, para después rehusársela en el último momento, a su hija mayor; pero, la hija menor, enamorada del hermoso vencedor, se casó con él, y un poco más tarde lo libró de una nueva violencia del rey.

Después de estos y otros penosos incidentes, David tuvo que huir. El hijo de Saúl, Jonatán, que le profesaba una de esas admirables amistades que sólo se tienen a los veinte años, lo previno y le ayudó a escapar. Vive entonces un período errabundo en que, apartado de la corte y de las ciudades, medita en el desierto y, en salmos sublimes, lanza al Dios único el grito de su confianza.

Saúl, exasperado por la huida de David, lo persigue con una rabia demente. Da orden de matar a los levitas del santuario de Nab porque habían dado asilo al fugitivo; orden que, compadecidos, los soldados desobedecen. El rey llama entonces a mercenarios edomitas que matan a ochenta y cinco sacerdotes. Instalado en Adulán, alta colina aislada, llena de espaciosa cavernas, David está en guardia. Cuando sabe que Saúl se acerca, huye más lejos, al desierto de Judá, junto al Mar Muerto. Es aquí donde tiene lugar, por dos veces, un incidente significativo. Solía ocurrir que en tales guerrillas, los adversarios llegaban a estar muy cerca el uno del otro sin saberlo. David sorprendió en dos ocasiones durmiendo a Saúl. No lo mató ni le hizo daño alguno. Una de las veces, se limitó a cortar un trozo del manto real, y la otra, tomó su lanza y el cántaro. Respetaba en su enemigo al ungido de Yahvé.

Estos desplazamientos errabundos no habían sido, sin embargo, perjudiciales a David. Su prestigio como jefe de banda era tan grande que había podido concertar dos matrimonios con

doncellas ricas y ventajosamente emparentadas. Contaba ya con un cuerpo de seiscientos hombres de valor comprobado. Un rey filisteo lo tomó a su servicio y le dio como residencia Siquelag, cerca de Gaza. David multiplicó sus rápidos ataques victoriosos contra los amalecitas. Pero, le pesaba el exilio, la lejanía de su patria.

“Samuel había muerto; Israel entero, después de llorarlo, lo había enterrado en Ramá, su ciudad”. Pero Saúl no olvidaba lo que el anciano juez le había predicho, y se imaginaba sin duda que David era el que le sucedería. Sin embargo, tuvo que cesar la persecución, porque un terrible peligro había surgido en el Norte. Los filisteos se estaban instalando en la llanura de Esdrelón con fuerzas considerables. Saúl los observó desde las alturas de Gelboé: “Tuvo temor y se agitó su corazón”. ¿Estaría Yahvé con su pueblo en este encuentro? Se tiraron las suertes sagradas, pero éstas no hablaron. Desesperado, no sabiendo donde encontrar ayuda, el rey recurrió a un medio misterioso y temible. En Endor, al pie del Pequeño Hermón, vivía una mujer delicada a la nigromancia. Saúl fue a consultarla, a pesar de que él mismo había dado decretos terribles contra aquellos que evocaran a los espíritus. Sin darse a conocer, le pidió que llamase a un muerto. “¿A quién debo evocar?”, preguntó ella. “-A Samuel”. La mujer obedeció, entró en trance y lanzó un grito: “¿Por qué me has engañado? Tú eres Saúl”. “Nada temas”, -dice el rey-. “¿Qué es lo que ves?”-. “-A un anciano que sube envuelto en un manto”. Era Samuel, el viejo enemigo aquél de cuyas palabras no escapó nunca. Y Samuel habló: “Yahvé ha retirado el cetro de tu mano y lo ha dado a David. Israel será entregado contigo a los filisteos. Y pronto tú y tus hijos estaréis conmigo...”. Saúl se desplomó, desvanecido. (I, *Sam.*, XVIII).

Días después, en Siquelag, al volver David de una expedición al Negeb, un hombre se presentó ante él. Llevaba en la mano la corona real y el brazalet de Saúl. La batalla había sido un desastre. El ejército de Israel había huido ante los carros filisteos. Los montes de Gelboé estaban cubiertos de cadáveres. Los hijos del rey habían muerto. En cuanto a Saúl, éste, herido, se había arrojado sobre su espada para no caer en manos de sus adversarios. Una gran emoción se apoderó de David. Los vencidos eran sus hermanos, el pueblo que Dios le había confiado. Jonatán, su amigo, había muerto lo mismo que Saúl, el adversario que le causaba más piedad que odio. Entonces, después de ordenar la muerte del traidor que había osado despojar el cadáver real, David tomó la cítara y compuso el *Canto del Arco*, antiguo himno que cita la Biblia, de acuerdo a una vieja obra, el *Libro del Justo*: “La gloria de Israel ha sucumbido en las montañas. ¡Cómo han caído los héroes! ¡Colinas de Gelboé, que ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotras!, ¡colinas pérfidas

en que el escudo cayó de la mano de los héroes! ¡Saúl y Jonatán, nada los separa ni en la vida ni en la muerte, más veloces que las águilas, más bravos que los leones! ¡Hermano mío, Jonatán, por ti la angustia me abate! ¡No tenía mayor delicia que tu presencia y tu amistad me era más querida que el amor de las mujeres! ..." (II, *Sam.*, I, 19, 27).

## EL TRONO DE DAVID

En adelante, quedaba libre el camino que debía llevar a David al trono. Tenía treinta años justos. Se sentía fuerte. ¿Podía considerar como un obstáculo a Ischbaal, el último hijo de Saúl? Abner, el antiguo general del rey manipulaba a este débil príncipe. Sólo quedaba, pues, obtener la aprobación del pueblo. Esto se hizo en dos etapas. David fue primero a Hebrón, la vieja capital de su tribu de Judá, llena de un intenso pasado religioso. La aclamación del pueblo lo hizo rey. Y es un hecho importante que la monarquía Davídica tenga sus sólidos cimientos en estos clanes del sur, próximos todavía a la vida nómada y en los cuales las tradiciones se conservaban y se conservarán vivas. Durante siete años (1012-1005), David reinó en Hebrón. Los filisteos, de los que aún era vasallo por su feudo en Siquelag, no veían con malos ojos a este reyecito que frustraba las esperanzas del hijo de Saúl. Pero, pronto creció el príncipe de Judá. Estallaron conflictos entre el Norte y el Sur. En uno de ellos, Abner mató a un sobrino de David, hermano de Joab. La reputación de David ya era tal que el propio Abner negoció, bajo el agua, la fusión de los reinos. No ganó, sin embargo, lo que esperaba, porque Joab, para vengar a su hermano, le hundió su espada en el vientre. Poco después, dos oficiales de Ischbaal llevaron a David la cabeza de su jefe. Un poco más tarde, por voluntad de Dios, los últimos descendientes de Saúl eran entregados a sus enemigos y crucificados. Así, sin tener, responsabilidad alguna en estos actos sanguinarios, David resultó beneficiado por ellos.

Se abre la segunda etapa. Los jefes de todas las tribus reconocen a David como el elegido por el Señor. El nuevo rey manifiesta en un acto la grandeza de sus miras políticas. Para dar al reino una sede inquebrantable, se precisa una capital menos excéntrica que Hebrón y que sea sinónima de victoria. Pone los ojos en Jerusalén. En el cruce de los caminos que venían de Gaza, de Jaffa, de Sichem, de Jericó y de Belén, en el corazón de las altas tierras que constituyen el bastión físico y moral de Palestina, Jerusalén era un lugar insuperable, digno del destino a que iba a llamarla David. El pueblo cananeo, con sus ocupantes los jebusianos, había hecho de ella una

ciudadela. Edificada sobre tres colinas, tenían su bastión en la de Ofel, siendo Sión el reducto más abrupto. Los jebusianos creían tan segura a su ciudad que era un proverbio corriente entre ellos: “Para defender nuestras murallas bastan los ciegos y los cojos”. David decidió atacarla. Había prometido fuertes recompensas a quien primero entrase en la ciudad. Éste fue Joab. A través de un canal subterráneo logró sorprender a la guarnición.

Dueño de la capital, el rey procedió a darle un nuevo aspecto. La “Ciudad de David” vio llegar a un ejército de obreros y toneladas de materiales. Los fenicios, grandes especialistas de la construcción, enviaron arquitectos, obreros calificados, maderas. El palacio real surgió de la tierra ante la admiración de la muchedumbre; y, signo del poder al que el Oriente era muy sensible, el harén de David tuvo un desenvolvimiento considerable: “le nacieron muchos hijos e hijas”.

No le hizo el triunfo olvidar las tareas difíciles. Apenas constituida la unidad de su reino, emprendió la lucha contra los filisteos. Estos se habían engañado al creer que David seguiría siendo un vasallo dócil. Tanto en guerrillas como en verdaderas batallas, les hace la vida difícil. Se le ve recorrer todo el país con tanta audacia que sus soldados le suplican no poner en riesgo de extinción la lámpara de Israel. Lleva sus tropas hasta la planicie filistea. Gat es amenazada, tal vez tomada. Tantos puertos caen bajo su dominio, que Salomón los podrá utilizar como bases para su flota naciente. En el Norte, es reconquistada la llanura de Esdrelón. Tiene cabal cumplimiento la antigua promesa a Abraham y a Jacob: “Os daré en herencia la tierra de Canán”.

No olvidaba David la parte de Dios. Lo muestra en un gesto lleno de significación. Desde el tiempo de Heli, el Arca había permanecido en un semi-exilio, oculta en una aldea. David hizo que la llevaran a Jerusalén. Gran idea política: la capital se convertía así en metrópoli religiosa. Cuando los levitas llegaron con el Arca a las puertas de Jerusalén, se pudo ver al rey, como un simple sacerdote, participar en la procesión, “danzando, dando grandes saltos”. Él mismo realizó los ritos del sacrificio, prueba de que ante el sacerdocio, la monarquía era singularmente más fuerte que bajo Saúl.

Se cumplió así, por voluntad, y para fortuna de David, una etapa de la historia de Israel. Numerosas guerras –contra los moabitas, contra los ammonitas, incluso contra los príncipes arameos de Damasco-, llevadas casi todas ellas por el valeroso Joab, extendieron la autoridad de David mucho más allá de las fronteras de Canaán. Ciertamente no se debe exagerar la importancia de su reino, que nada tiene en común con los vastos imperios de Egipto y de Babilonia. Pero, era la

primera vez que llegaba a Israel tal grado de fuerza y organización. Se esbozaba ya una compleja administración, con un Canciller, secretarios, ministros de obras públicas, archivos. Se había dado un paso decisivo.

También el ejército tuvo un gran desenvolvimiento. En torno de un núcleo permanente, se agrupaban, en tiempo de guerra, los reclutas de las tribus. Un sólido cuerpo de guardias estaba formado por mercenarios filisteos. Un comando con los mejores aseguraba a este ejército una capacidad extraordinaria. Constituían su corazón los *treinta*, y entre éstos, los *tres*, los *gibborim* de David cuyas hazañas prefiguran las de los “Pares” de Carlomagno.

Tal fue la obra de David, notable desde muchos puntos de vista. Bravo como Saúl, pero, al contrario de éste profundamente político, lleva a cabo la unificación del pueblo, libera la tierra, da a sus súbditos esa gloria que en el triunfo cimenta la unidad. Obra estrictamente nacional, David hace que su raza tome conciencia de sí y rechaza toda contaminación. Deja una capital, una dinastía. Se comprende que en las horas de profunda tristeza, Israel no pueda apartar de su espíritu esta gloriosa imagen y concebir al Salvador, al Rey de Gloria, de una manera que no se avenga a los rasgos de David.

A quienes lo vemos a través de las páginas de la Biblia, su humanidad nos conmueve tanto como su grandeza. Lo admiramos como héroe, pero sin sustraernos al amor. Ciertamente no todo es puro en él y, si tiene lados de santo –su amor sin límites al Dios único, su confianza en la Providencia, su fe-, no podemos olvidar que pertenece a una época bárbara en que ni la violencia ni la astucia eran juzgadas como nosotros acostumbramos hacerlo, conforme a nuestras leyes y a nuestros libros. Pero, ¡qué inteligencia, qué fuerza y qué gracia! Valeroso en el combate y poeta cuyos cantos han llegado hasta nosotros; político lúcido y guerrero caballeresco, tenaz en sus propósitos, sensible en su vida afectiva, y para que, más próximo a nosotros, nada le falte para que lo amemos más, esas debilidades en que el hombre cede al peso original, y, con alma noble, encuentra en la falta misma ocasión para el sufrimiento, el arrepentimiento y el perdón.

## CRISIS

Una tarde en que David paseaba por su terraza, vio a una mujer que se bañaba. Preguntó acerca de ella. “Es Betsabé, la esposa de Urías, el hitita”, se le dice. El alma del rey no resiste a la

pasión. Mandó traer a la mujer y la tomó. Urías era un oficial de las legiones extranjeras que estaba combatiendo a las órdenes de Joab contra los ammonitas. Poco después, Betsabé quedó encinta. David expidió a Joab esta orden: “Mándame a Urías”. Llegado éste, el rey lo halaga, lo embriaga a medias y le aconseja amablemente que vaya a su hogar. Pero, el capitán, sospechando, permanece en el palacio, entre los guardias. “¿No has pasado la noche en tu casa?”, pregunta David a la mañana siguiente. “Nuestros soldados están en campaña”, responde el oficial, “¿Cómo podría yo dormir con mi mujer en mi casa?”. La pasión había hecho adúltero a David; el temor al escándalo lo hará criminal.

Escribió un mensaje a Joab y llegó su felonía al grado de confiarlo al propio Urías. “Coloca a Urías en lo más fuerte del combate”, decía el mensaje, “y apártate de él para que sea herido y perezca”. Poco después, un oficial de Joab venía a anunciar a David que todo se había hecho conforme a su deseo. Betsabé lloró a su esposo muerto, pero David la llevó al harén real en el que desempeñó un papel importante.

Entonces Yahvé ordenó al Profeta Natán ir a gritar al rey sus faltas. Vino al palacio y dijo: “En una ciudad vivían dos hombres: uno rico y el otro pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en abundancia, el pobre no poseía sino una pequeña oveja que cuidaba en su casa, en su familia, en medio de sus hijos; la oveja comía su pan, bebía en su copa y dormía en su seno. Sucedió que el rico, teniendo necesidad de carne para un festín, no la tomó de su numeroso rebaño, sino que mandó robar la oveja del pobre”. David exclamó bruscamente: “¡Tal hombre merece la muerte! Devolverá la oveja al cuádruple”. Y Natán dijo: “Ese hombre eres tú, rey David. Yahvé sabe tu doble crimen. Has robado la mujer a tu servidor Urías y lo has hecho matar por la espada ammonita. Serás castigado por ello”. “-He pecado contra Dios”, dijo David, postrado en el suelo, humillándose.

El castigo profetizado por Natán no tardó en seguir a la profecía. Los últimos acontecimientos del reinado [que] anuncian las cuarteaduras en el edificio. En los grandes palacios hay intrigas constantes. Los medios hermanos rivales siempre estaban a punto de enfrentarse. Amnón el mayor de todos ellos, había deshonrado a su media hermana Tamar. Un hermano de la ultrajada, Absalón, lo mató. Este hecho provocó la ruptura entre Absalón y David y pronto cobró cariz político. Absalón se retiró a Hebrón, formó ahí un partido e inició una revolución. David fue sorprendido y no tuvo tiempo sino para huir, en tanto que el rebelde tomó Jerusalén y, para subrayar su victoria, hizo uso de las concubinas de su padre. Fue esto lo que perdió al joven

ambicioso. Le tomó demasiado tiempo. El anciano rey, refugiado en el desierto, se encontró combatiendo de nuevo, como en los tiempos de su juventud. Sus mercenarios filisteos le permanecieron fieles. Cuando Absalón se decidió al ataque, fue derrotado. Huía sobre su mulo, perseguido por los jefes de David, cuando su espesa cabellera se enredó en las ramas de un terebinto, quedando en el aire, en tanto su montura seguía su galope. Desobedeciendo las órdenes de David, quien quería perdonarlo, Joab mató al rebelde. El rey regresó a Jerusalén con el corazón destrozado.

Otros reincidentes muestran el riesgo de que la unidad nacional quedase deshecha. Otro partido se formaba ya en torno del presunto heredero. David se anticipó y con el apoyo del Profeta Natán, los levitas y sus "gibborim" consagró a Salomón, hijo de Betsabé. La sucesión estaba garantizada.

La muerte se aproximaba. Vanamente, para calentar su helado cuerpo, se había hecho venir a una encantadora joven, Abisag, la sunamita. Entró en el lecho del rey y virgen salió del lecho. David alabó a Dios una última vez en un himno que parece vacilar como una débil llama. Murió a la edad de setenta años (en 975). Fue enterrado en una de las colinas de Jerusalén, no lejos del lugar en que reposaba el Arca de Yahvé.